

De la Garza, Enrique, León T. Ejea y Luis F. Macías, *El otro movimiento estudiantil*, Extemporáneos, México, 1986.

Una gran cantidad de trabajos sobre el movimiento estudiantil mexicano han enfocado su análisis preferentemente hacia 1968, con lo cual han destacado su carácter coyuntural y opacado sus rasgos genético-estructurales. Este libro pertenece a la segunda vertiente del análisis (que Sergio Zermeño, José Woldenberg y Mario Huacuja, así como Gilberto Guevara Niebla y quien elabora este comentario también han explorado con buenos resultados para comprender dicho fenómeno). De entrada, los autores de *El otro movimiento estudiantil* señalan las determinantes estructurales que consideran centrales para entender el descontento estudiantil: las características de la política económica estatal desde los años 50, de los mecanismos de dominación política y de la organización universitaria.

El movimiento estudiantil se divide en tres grandes etapas después de la Revolución: la "oligárquica", que corresponde a las décadas de los años 20 y 30; la "estatalizada" o de control estatal, que abarca las décadas de los 40 y 50; y por último la "independentista", de inicios de la década de los 60 a mediados de la siguiente.

La que se aborda es la última etapa citada, dividida a su vez en dos fases consecutivas: "la democrática" y "la radical". Como cúspide de la primera, se halla el movimiento de 1968, el cual "no fue un rayo en día sereno, múltiples luchas lo anunciaron; en ellas los estudiantes fueron rompiendo con el control estatal". Pero a pesar de que esta fase se toca con detenimiento, la fase "radical" es el centro de interés de los autores, va que a su juicio ha sido poco comprendida y mal analizada.

Entre otros hechos, en concordancia con otros textos sobre el tema, la lucha ferrocarrilera de fines de la década de los 50 que intenta conquistar la autonomía sindical desprendiéndose de la estructura corporativa estatal, razón por la cual se le reprime duramente es un suceso considerado clave para entender la politización creciente entre el alumnado de los centros de educación superior. Tal hecho orilla a la izquierda no oficial a centrar su actividad casi exclusivamente en las universidades oficiales, lugares donde, junto con otros sectores, impulsa luchas democratizadoras, con lo cual genera conflictos agudos frente a los núcleos retardatarios o de derecha tradicional que las dirigen. El libro da abundante información sobre las batallas o "guerras de movimientos" escenificadas en diversas universidades: la Nacional (UNAM), la de Sinaloa (UAS), la de Nuevo León (UANL) y la de Puebla (UAP); sucesos que tienen casi siempre un desenlace favorable para los grupos reformadores.

En tal contexto, la Universidad michoacana se distingue de otros centros educativos, ya que hacia finales del gobierno cardenista, ahí existía una Ley Orgánica que daba representación paritaria a estudiantes y maestros en el Consejo Universitario; en 1961, una Nueva Ley Orgánica introdujo cambios en los procedimientos de elección de las autoridades y en el aspecto académico, mismos que son producto de la labor del Movimiento de Liberación Nacional, el Partido Comunista (PCM) y el Partido Popular Socialista (PPS). Este proceso culmina con la elección de Eli de Gortari como rector.

Pero este experimento democratizante avanzado es duramente frenado en 1963 y en 1966 por corrientes opositoras dentro y fuera de la Universidad; en el primer año, sus acciones orillan a la renuncia del rector Eli de Gortari y a que se derogue la Ley Orgánica vigente por otra "que terminó con el cogobierno universitario y puso en manos de una junta de gobierno la designación de autoridades"; en 1966, se desata una protesta estudiantil que desemboca en la ocupación militar de la Universidad, y lleva a la desaparición tanto de todo vestigio progresista en la Ley Orgánica, como de las casas de estudiantes incorporadas a la institución.

Los casos del resto de las universidades obedecen a un patrón distinto, ya que en las mismas los sectores renovadores van ganando terreno en la instauración de sus proyectos; la Universidad de Puebla es el mejor ejemplo al respecto, ya que su control por grupos clericales a raíz de la aprobación de su autonomía en 1954, comenzó a debilitarse a partir de 1961 por medio de un bloque de tendencias reformadoras, en el cual había desde liberales priístas hasta organismos de la izquierda no oficial. Tales sectores se caracterizan además por ligarse con luchas populares, como la protagonizada por los campesinos en 1964 que provocó la renuncia del gobernador estatal. En el transcurso de la década, se conforma un joven núcleo magisterial que, unido con el sector estudiantil universitario, va consolidando el proceso democratizador en la institución.

La movilidad espacial a través de los contactos establecidos entre los miembros de los grupos y organismos locales que impulsan la reforma universitaria, salvando inmensas distancias geográficas habidas entre ciudad y ciudad, y entre región y región, favorece un intenso intercambio de las ideas, proyectos y experiencias de las dirigencias estudiantiles en cada universidad; al respecto, destaca el papel jugado por la Central Nacional de Estudiantes Democráticos, la Juventud Comunista (adherida al PCM) y la Liga Comunista Espartaco.

Por tales motivos, para 1968 gran parte de los movimientos estudiantiles se hallan dirigidos por la izquierda no oficial, lo cual provoca la marcada hostilidad de las autoridades públicas hacia aquéllos. A partir de esta fecha, el descontento estudiantil asciende notoriamente en varios estados del país, pero comienza a declinar, debido a la represión, en el Distrito Federal.

Después del 68, la primera explosión importante ocurre cuando en 1971 los universitarios de Nuevo León combaten el proyecto del gobierno estatal

para reformar su centro de estudios; este pleito culmina con el arbitraje del gobierno federal (ahora encabezado por el presidente Echeverría), el cual anula la "Ley Elizondo" e implanta en su lugar otra Ley Orgánica que garantiza la autonomía universitaria. Según los autores, a partir de este momento comienza la "etapa radical" de la lucha estudiantil, particularmente en las universidades donde las luchas democráticas lograron mayor desarrollo; Nuevo León, Sinaloa, Puebla y Oaxaca.

El radicalismo estudiantil surge por dos factores: 1) la desaparición de enemigos externos que amenacen la existencia de las universidades, dado que el régimen echeverriísta se cuida de respetar su autonomía al tiempo que incrementa los subsidios federales, reglas violadas durante el sexenio Díazordacista; y 2) el agotamiento de los objetivos democratizadores de la institución. Una fracción del ala radical del movimiento abandona las escuelas para integrar las guerrillas urbanas, pero otra permanece en las universidades dando origen a situaciones muy tensas en su seno.

La situación de radicalismo que más se profundiza en el libro es la representada por el grupo conocido como "Los enfermos", en Sinaloa, debido a que conforma "un auténtico movimiento de masas" con un programa y organización notables. Destaca el papel de los jóvenes de las casas de estudiantes y de los preparatorianos como base social de "los enfermos" grupo confrontado con otros clubes de activistas (la JC, "los chemones", etcétera) en pos del gobierno de la universidad sinaloense.

De 1972 a 1974, "Los enfermos" se distinguen por sus acciones violentas e intolerantes frente a sus opositores, además de que con sus tácticas insurreccionales buscan trascender el marco universitario para provocar una rebelión popular amplia. Si bien su tesis básica visualiza a la universidad como una fábrica donde los estudiantes juegan un papel subalterno y explotado al igual que los obreros, razón suficiente para promover su destrucción, la práctica del grupo llega al extremo de solicitar subsidio o apoyo económico de las autoridades universitarias para consumir sus acciones.

Así, la crisis de los bloques democráticos en distintas universidades expresa la búsqueda de posiciones políticas o el afianzamiento de las ya obtenidas. ¿Resultado final?: se destruyen o debilitan las alianzas entre los grupos reformadores sobre todo en las universidades de Sinaloa, de Nuevo León y en la Nacional, ante la anarquía y confusión creadas por la virulenta competencia entre las fracciones políticas para obtener puestos administrativos y tajadas presupuestales, o para imponer a toda costa sus directrices particulares en los proyectos de universidad. Más que la culminación o el agotamiento de los procesos democratizadores como condición para el salto a la fase radical, se da entonces una reforma universitaria inconclusa o truncada por las pugnas internas de sus impulsores.

La Universidad de Puebla aparece casi como la única excepción en el panorama expuesto, ante la circunstancia de la elevada homogeneidad, primero ideológica y después política, alcanzada es su nueva comunidad

magisterial o sector profesional joven, buena parte de cuyos miembros proceden de otras universidades en proceso de cambio; de esta manera, dicho sector participa destacadamente, más que en otras universidades, de la modernización de la institución desde abajo o con el apoyo mayoritario de la comunidad estudiantil. Este hecho sin lugar a dudas evitó los excesos radicales acaecidos en Sinaloa o el vuelco conservadurista del gremio profesional de la universidad neolonesa.

El libro señala que el nacimiento del sindicalismo universitario, reflejo del movimiento estudiantil a mediados de la década de los 70, implicó una continuidad en las luchas reformistas desde abajo. Las bases principales de tal sindicalismo son puestas por varios ex líderes estudiantiles y miembros de grupos políticos con marcada permanencia en el proceso (como el PCM); este sindicalismo expresa a su vez la consolidación de un sector profesional universitario con intereses corporativos bien definidos en el terreno económico.

A pesar de sus intentos globalizadores y la abundancia de datos aportados, el libro tiene fallas técnicas, metodológicas y descriptivas muy importantes. Da fechas inexactas de eventos trascendentes (como la realización de la primera Conferencia Nacional de Estudiantes Democráticos, que no fue en 1964, sino en 1963); olvida analizar el movimiento estudiantil de la Universidad de Guerrero, tan importante como el de Oaxaca que sí aborda; no hace alusión alguna al movimiento médico de 1964-1965, impulsado por muchos profesionales vinculados a las universidades (en particular a la UNAM). Por otro lado, la política económica estatal conocida como de "desarrollo estabilizador" no es producto del movimiento obrero de fines de la década de los 50, sino que aparece a mediados de esta década bajo el gobierno de Ruiz Cortines.

El trabajo acierta al señalar que en los años 60, como resultado de una intervención notoria del Estado en el desarrollo económico y como creador de diversos programas de bienestar social, se elevaron los niveles de vida de sectores importantes de la población urbana, entre ellos el de una parte considerable de la clase obrera.

Sin embargo, aparece oscurecida o indefinida la identidad socioeconómica de los grupos que protestan contra el autoritarismo político y el conservadurismo ideológico de la clase gobernante, que hallan frenos para el ejercicio de sus derechos ciudadanos ante la densa red de los eficaces controles corporativos estatales que pesan sobre la sociedad civil. Estos grupos ya han sido identificados en otros estudios como los sectores medios modernos, que son producto de la industrialización y urbanización aceleradas del país después del régimen cardenista.

La miopía de los autores repercute gravemente en la estructura teórica de todo el trabajo, ya que la protesta estudiantil universitaria a partir de los años 60 no es vista como la demostración más avanzada del descontento de los sectores medios (que piden democratizar el aparato político), sino sólo como resultado de la inconformidad popular a secas. De esta manera

se cae en una tautología cuando en el libro aparece: "Pero aunque el movimiento del 68 expresó necesidades sociales no sólo estudiantiles, no logró incorporar a otros grupos sociales importantes, y en su base activa quedó reducido a los universitarios" (p. 4).

Tal visualización de las cosas conduce a que la fase radical del movimiento estudiantil se considere como su momento más elevado, y no 1968 (en su plena fase democratizante), en lo que otros autores han coincidido. El radicalismo expresó un exceso voluntarista que quiso convertir un movimiento en esencia reformista en uno con contenido y metas revolucionarias; el ejemplo del grupo "Los enfermos" es ilustrativo del fracaso de esta vía confrontacionista con los grupos dominantes.

Una honda crisis de autoridad en el seno de las universidades provoca también la exacerbación del activismo estudiantil y del izquierdismo en sus filas, lo que indica más un extravío y descomposición del movimiento que un avance hacia metas realmente posibles.

Con todo, un acierto del libro es que trata de penetrar en la comprensión del radicalismo estudiantil, pero sus tesis de exaltación del basismo y de los movimientos de masas son inexactas para llegar a este objetivo, ya que las raíces de tal hecho en buena medida nacen de un ambiente hostil no sólo externo sino también en el interior de las universidades, donde los grupos renovadores son incapaces de replantear el ejercicio de la autoridad y del poder en términos no impositivos ni paternalistas.

Indudablemente las fallas más importantes del libro proceden de su deseo por plantear tesis e ideas originales sobre el movimiento estudiantil mexicano sin indagar seria y profundamente acerca del estado actual de la investigación en que se halla el tema.

*Jesús Aurelio Cuevas Díaz*

Dos Santos R., Mario (compilador), *Concertación político-social y democratización*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Buenos Aires, 1987, 337 pp.

Dentro del contexto latinoamericano actual, nuestra región gesta procesos de apertura política en varios países del área y las demandas de democratización por parte de las mayorías son claras.

El problema se puede ver desde dos puntos de vista: por un lado, la forma de gobernar; por el otro, la democratización. La forma de gobernar como la transformación del papel del Estado en la política y hacia la sociedad latinoamericana, el enfrentamiento a una profunda crisis económica